

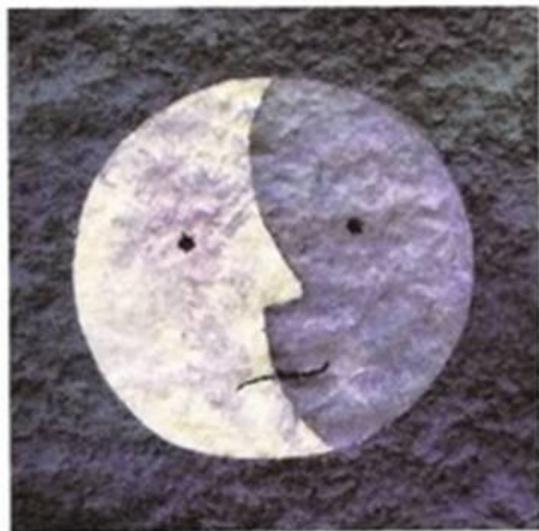
NICHOLAS BORTONIK
¿A QUÉ SABE LA LUNA?

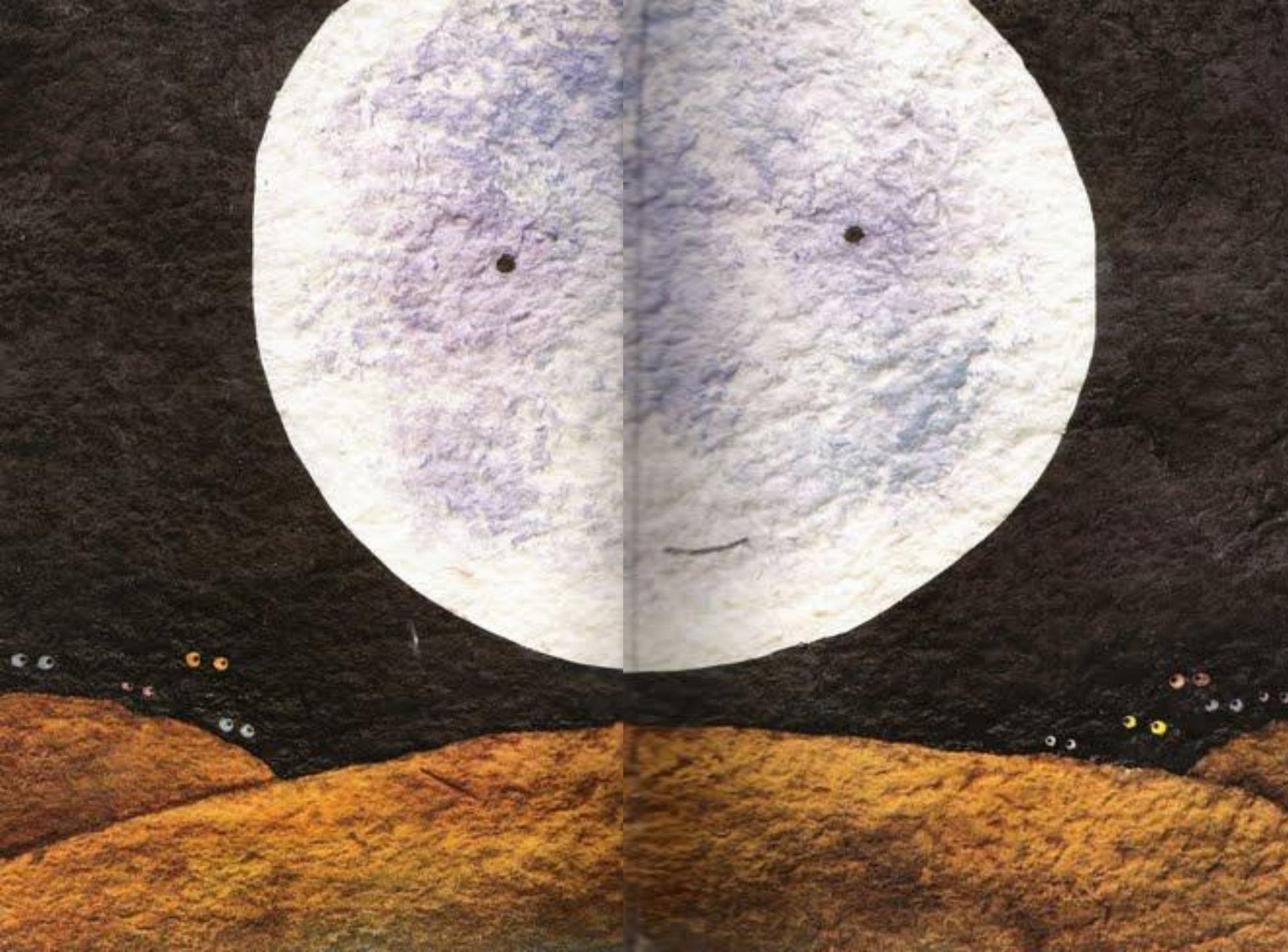


BALANDRARA
LITUA



¿A QUÉ SABE LA LUNA?

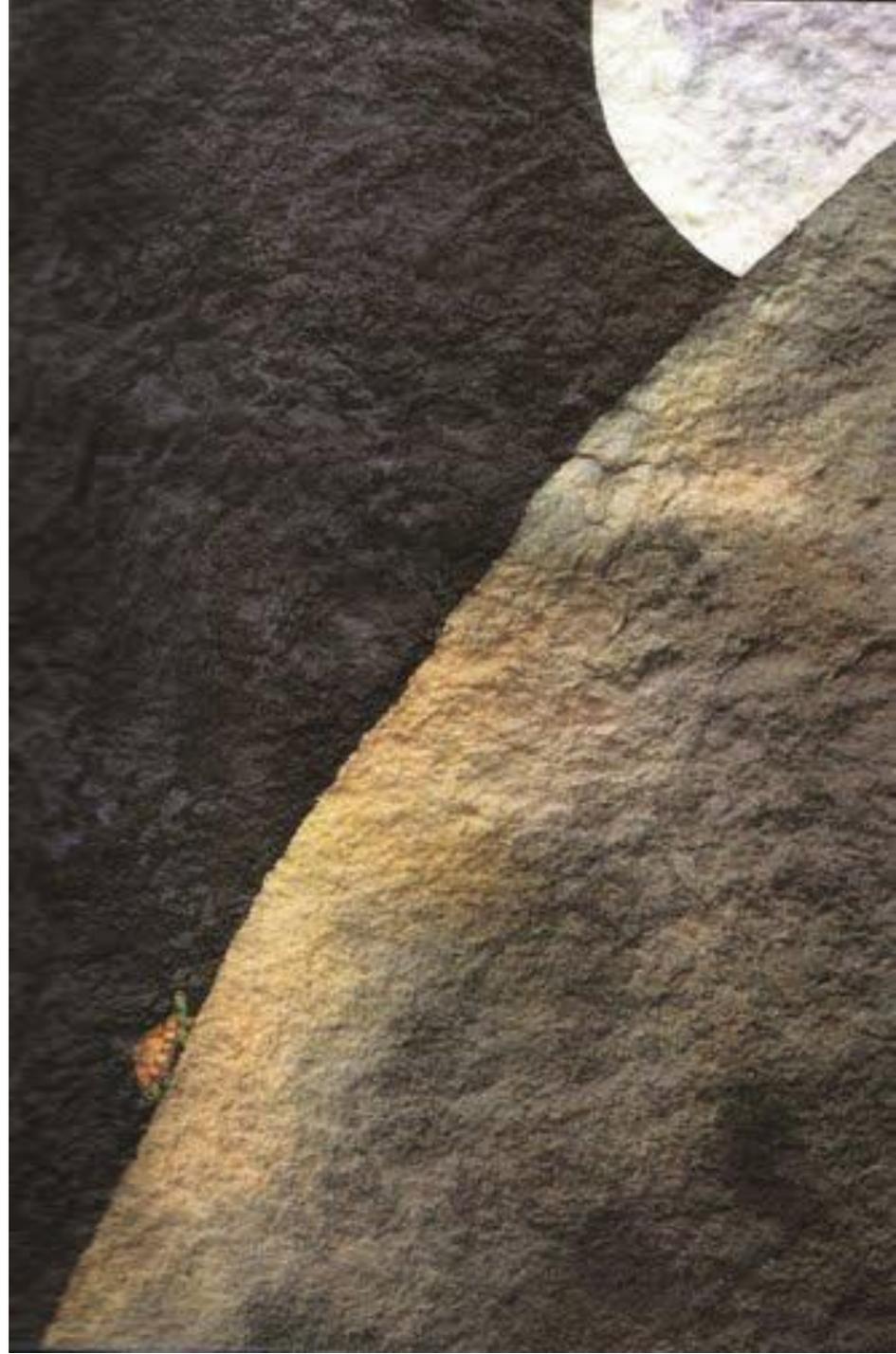


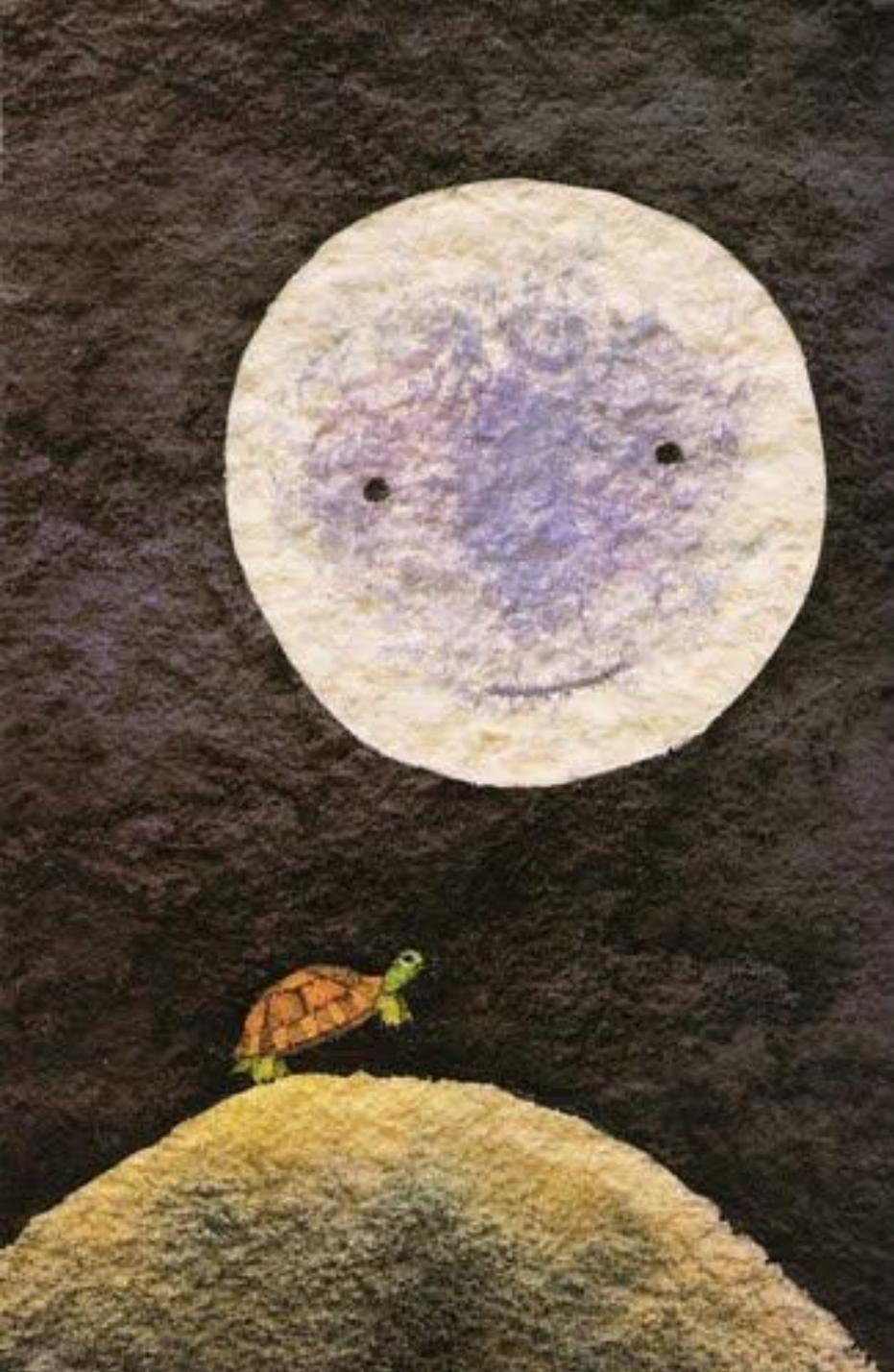


Hacía mucho tiempo que los animales
deseaban averiguar a qué sabía la luna.
¿Sería dulce o salada?

Tan sólo querían probar un pedacito.
Por las noches, miraban ansiosos hacia el cielo.
Se estiraban e intentaban cogerla,
alargando el cuello, las piernas y los brazos.
Pero todo fue en vano,
y ni el animal más grande
pudo alcanzarla.

Un buen día, la pequeña tortuga
decidió subir a la montaña más alta
para poder tocar la luna.





Desde allí arriba, la luna estaba más cerca;
pero la tortuga no podía tocarla.

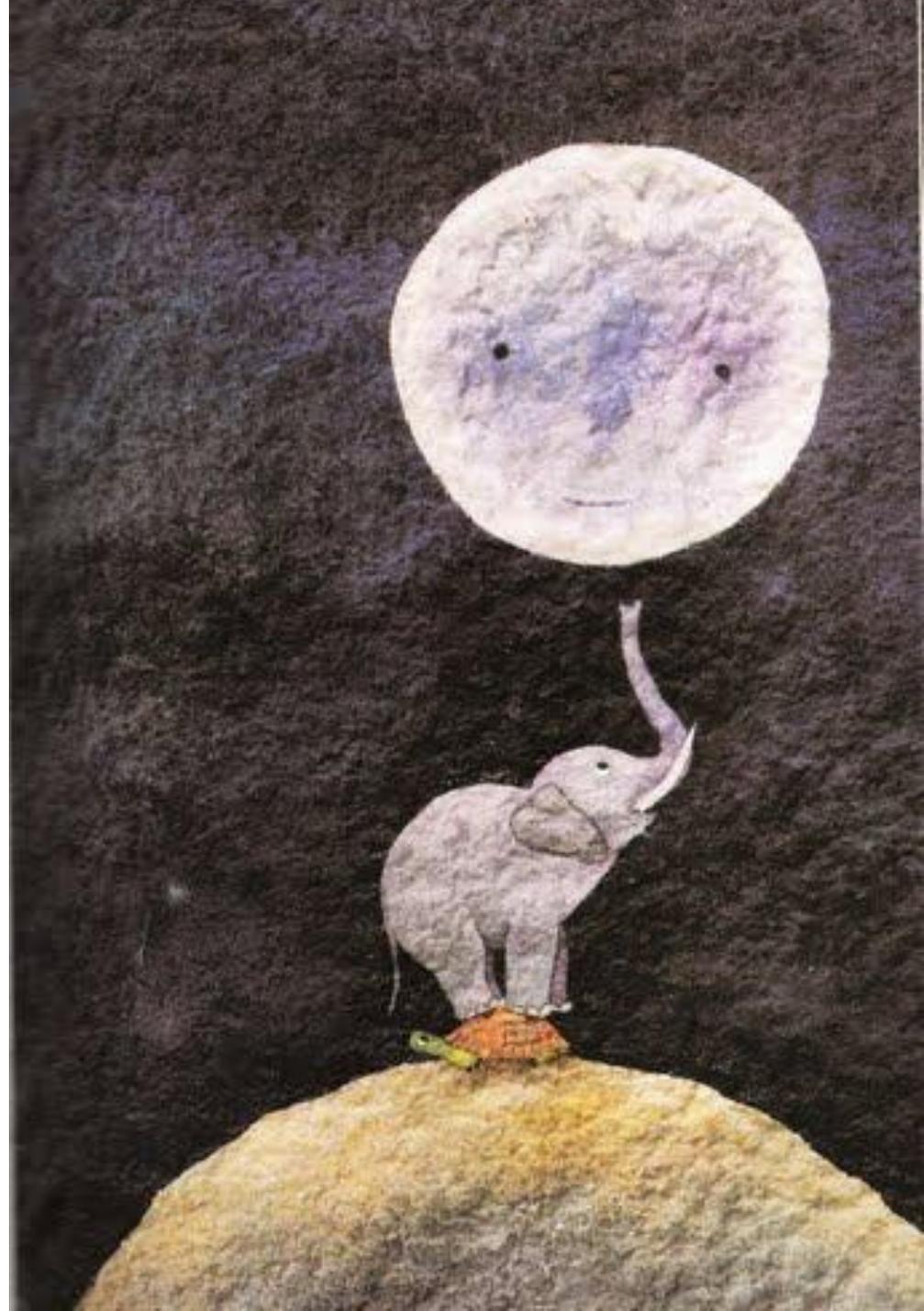
Entonces, llamó al elefante.

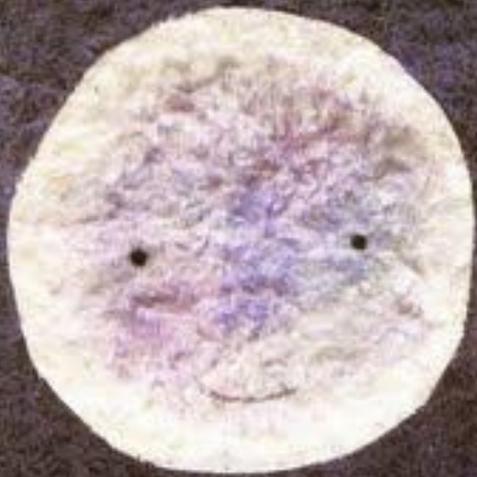


-Si te subes a mi espalda,
tal vez lleguemos a la luna.

Esta pensó que se trataba de un juego
y, a medida que el elefante se acercaba,
ella se alejaba un poco.

Como el elefante no pudo tocar la luna,
llamó a la jirafa.

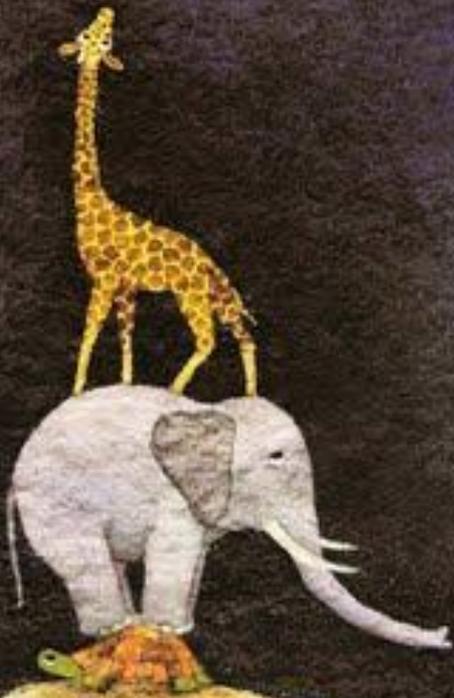




- Si te subes a mi espalda,
a lo mejor la alcanzamos.

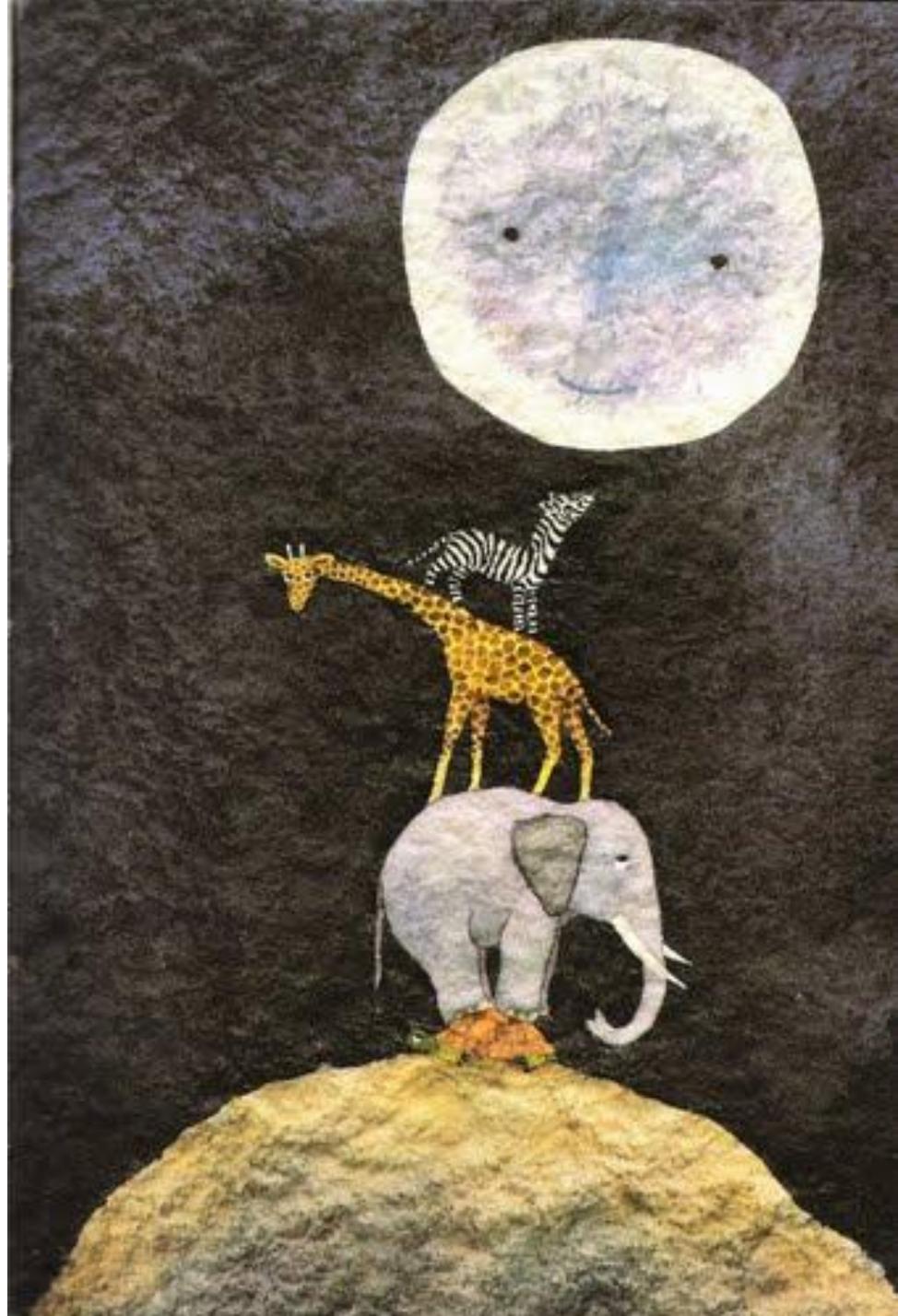
Pero al ver a la jirafa, la luna se distanció un poco más.
La jirafa estiró y estiró el cuello cuanto pudo,
pero no sirvió de nada.

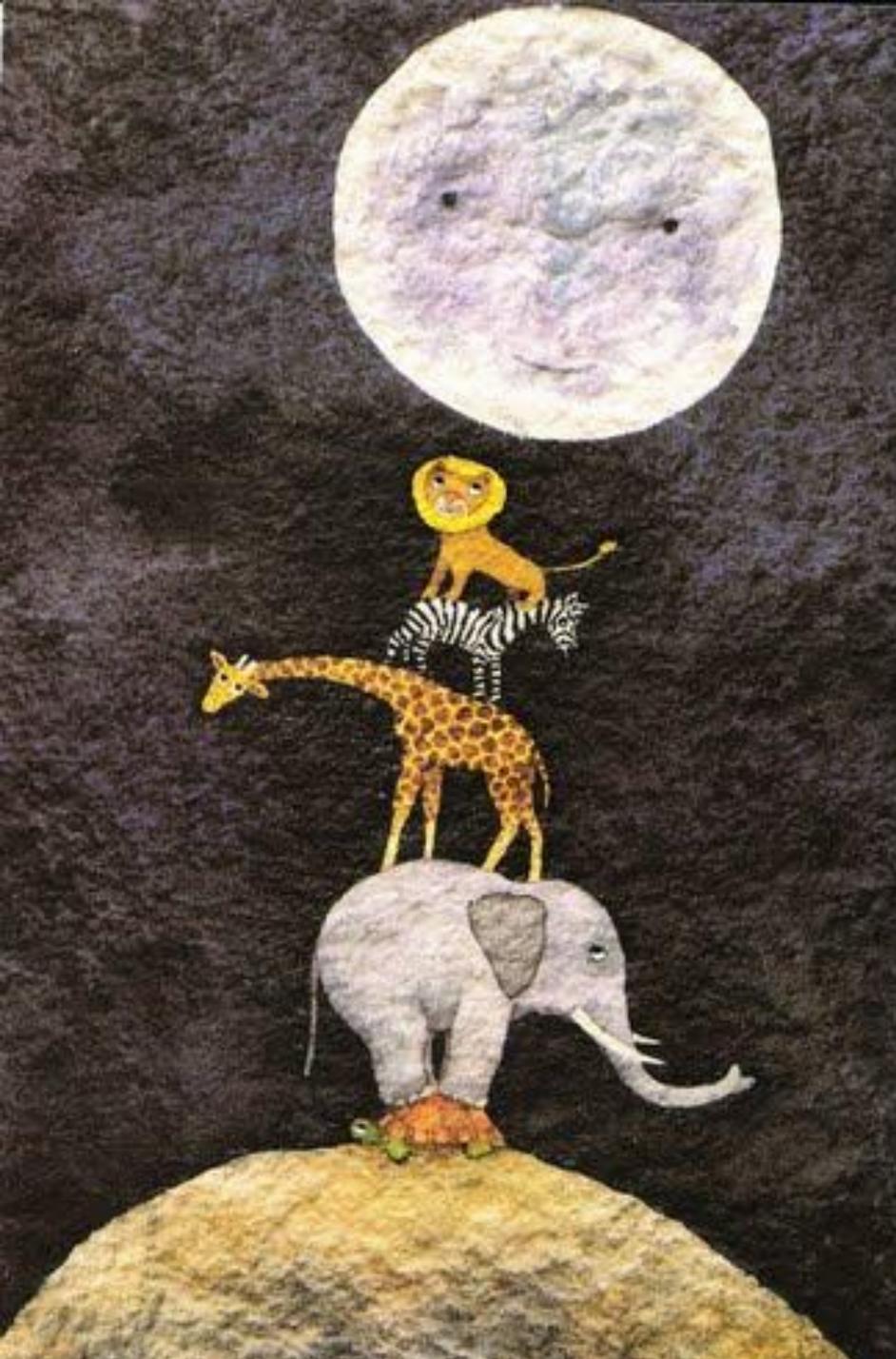
Y llamó a la cebra.



- Si te subes a mi espalda,
es probable que nos acerquemos más a ella.
La luna empezaba a divertirse con aquel juego,
y se alejó otro poquito.
La cebra se esforzó mucho mucho,
pero tampoco pudo tocar la luna.

Y llamó al león.





-Si te subes a mi espalda,
quizá podamos alcanzarla.
Pero cuando la luna vio al león,
volvió a subir algo más.

Tampoco esta vez lograron tocar la luna,
y llamaron al zorro.

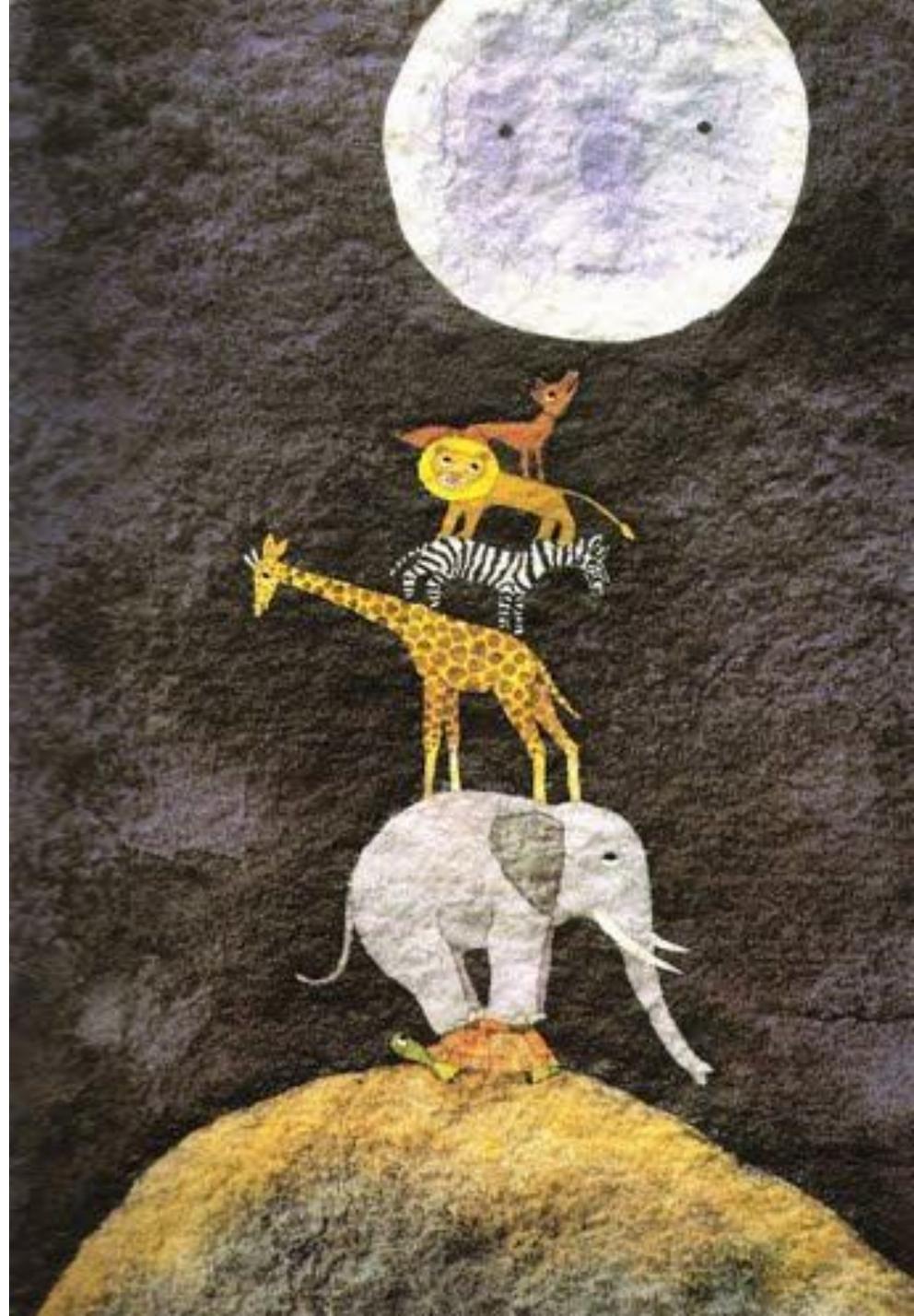


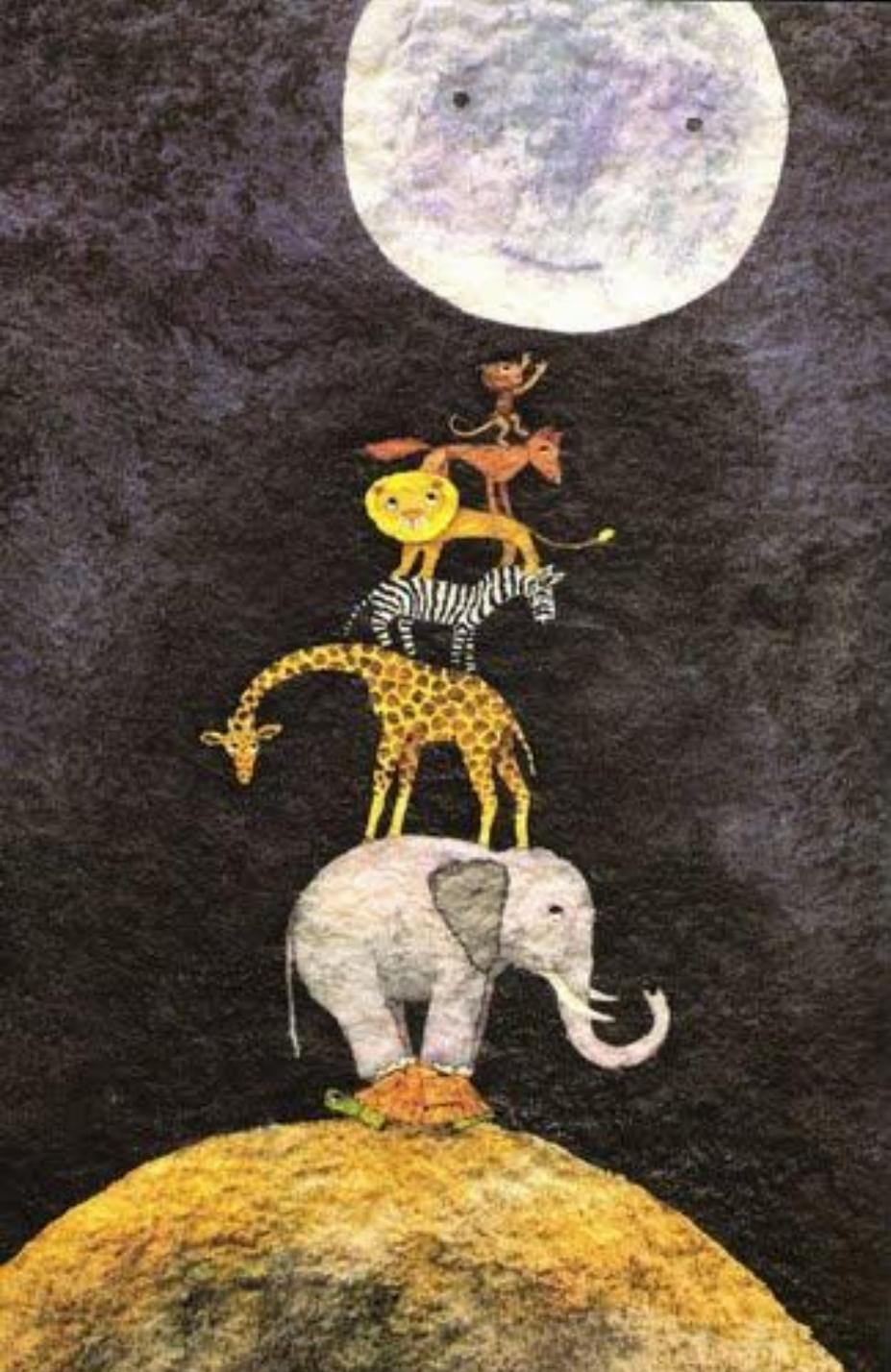
- Verás como lo conseguimos
si te subes a mi espalda -dijo el león.

Al avistar al zorro,
la luna se alejó de nuevo.

Ahora sólo faltaba un poquito de nada para tocar la luna,
pero esta se desvanecía más y más.

Y el zorro llamó al mono.





- Seguro que esta vez lo logramos.
¡Anda, súbete a mi espalda!
La luna vio al mono y retrocedió.
El mono ya podía oler la luna,
pero de tocarla, ¡ni hablar!

Y llamó al ratón.



- Súbete a mi espalda
y tocaremos la luna.

Esta vio al ratón y pensó:

- Seguro que un animal tan pequeño
no podrá cogerme.

Y como empezaba a aburrirse con aquel juego,
la luna se quedó justo donde estaba.

Entonces, el ratón subió por encima

de la tortuga,

del elefante,

de la jirafa,

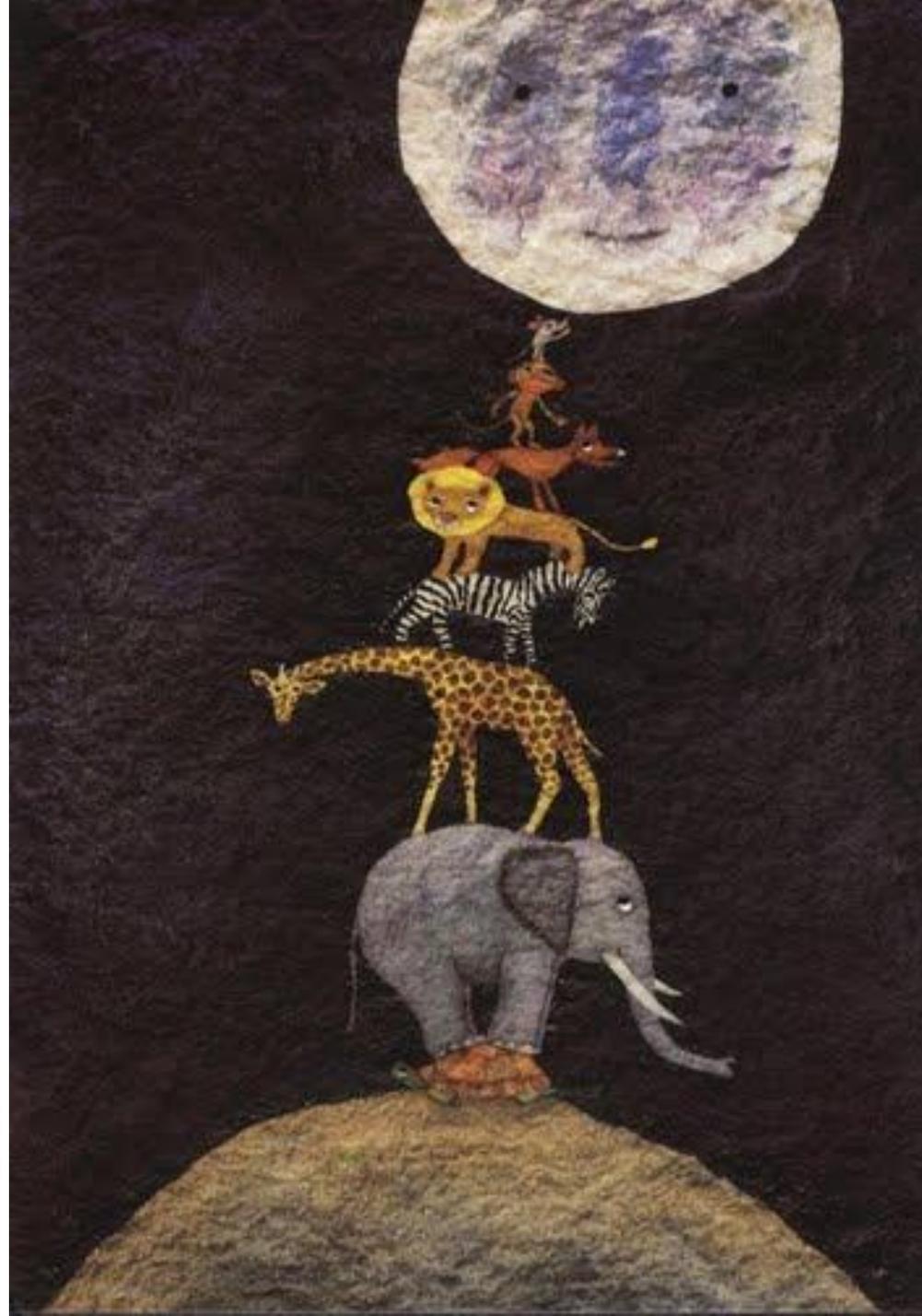
de la cebra,

del león,

del zorro,

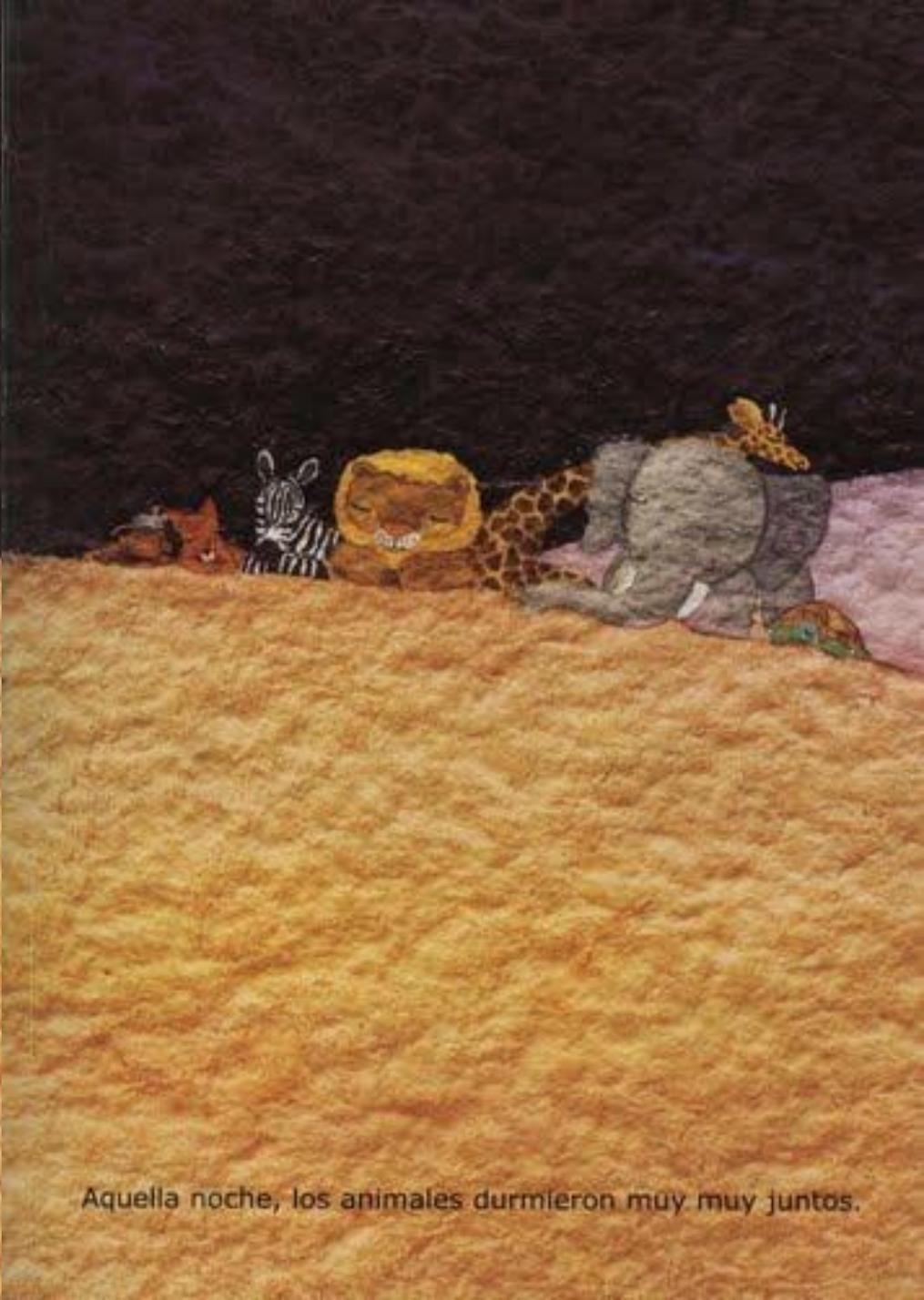
del mono

y ...

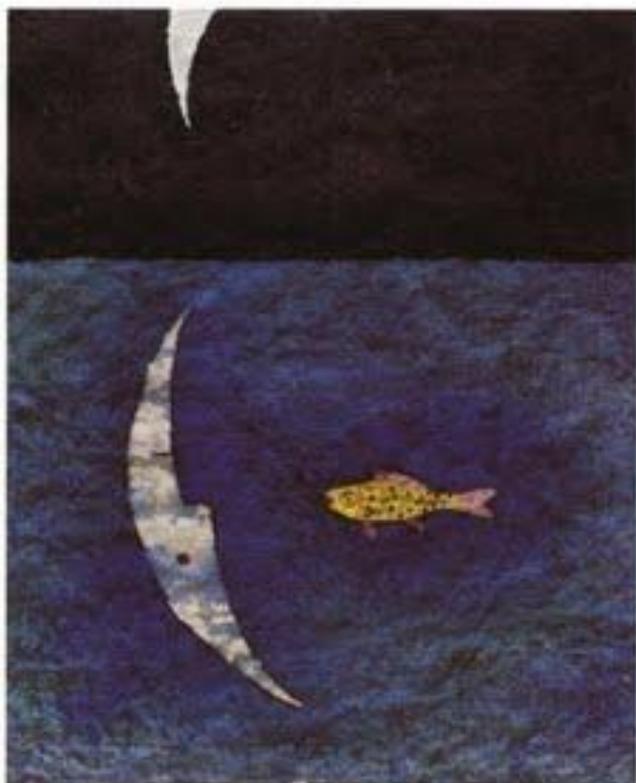


... de un mordisco, arrancó un trozo
pequeño de luna.
Lo saboreó complacido,
y después fue dándole un pedacito
al mono, al zorro, al león, a la cebra,
a la jirafa, al elefante y a la tortuga.
Y la luna les supo exactamente a aquello
que más gustaba a cada uno de ellos.





Aquella noche, los animales durmieron muy muy juntos.



El pez, que lo había visto todo,
no entendía nada y dijo:
- ¡Vaya, vaya! Tanto esfuerzo para llegar
a esa luna que está en el cielo.
¿Acaso no verán que aquí, en el agua,
hay otra más cerca?

